

## NOTAS Y TEXTOS

### UNA OBRA NOTABLE DE HISTORIA ECLESIASTICA DE ESPAÑA (1)

La Iglesia de España lleva camino de poseer la historia que se merece. Ha acometido la empresa, por todos conceptos ardua, el R. P. Zacarías García Villada, que, después de largas investigaciones y asiduo trabajo, nos ha dado ya los dos primeros volúmenes, comprensivos de la primera y segunda parte del tomo primero. La materia tratada en ese primer tomo se ciñe al origen y desarrollo del cristianismo en la Península Ibérica durante la dominación romana; o sea, cronológicamente, hasta el año 409, fecha en que entraron los bárbaros en ella, y, técnicamente, hasta muy entrado el siglo V; pues el influjo romano no fué esfumándose sino muy lentamente. El plan del autor es dedicar otro tomo a la época visigoda; uno o dos o la vida (en buena parte latente) de la Iglesia española en el período de la dominación sarracena; otro a la época de los Reyes Católicos y de los Austrias; otro u otros dos a la de los Borbones, y uno, por lo menos, a la acción del catolicismo español fuera de España, entre gentiles y herejes. Magnífico programa, para cuya realización plegue a Dios dar al autor todos los medios, no escasos, de que habrá menester. La empresa es amplísima; tanto que sospechamos habrá de dividir algunos, por lo menos, de los tomos en varias partes o volúmenes para poder abarcar dignamente toda la materia. Es, además, muy ardua la empresa; pues, aunque poseemos copiosos veneros de fuentes históricas, como son, entre los de carácter general, la *España Sagrada* del P. Flórez y sus continuadores y el *Viaje literario* del P. Villanueva, quedan todavía muchísimos manantiales por alumbrar, en cuya búsqueda ha gastado, y con feliz

---

(1) GARCÍA VILLADA, ZACARÍAS, S. I. *Historia Eclesiástica de España*. Tomo I. 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte. El cristianismo durante la dominación romana. (394)-(378)-4.<sup>o</sup>-1929. Precio: 60 ptas. los dos volúmenes. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A., Librería Fernando Fe, Madrid.

éxito, el autor largos años. Hay también, por desgracia, mucho matorral de leyenda, que es preciso arrancar con decisión, aunque con tiento, para no extirpar al propio tiempo la buena hierba ni herirse con las espinas; el autor en esto ha procedido con suma cautela (que a más de uno parecerá excesiva), aunque no habrá podido evitar ni con esto algunos arañazos. Nada digo de la dificultad interna de la obra, que requiere una perfecta formación técnica en historia y en sus ciencias auxiliares (de horizontes cada día más vastos) y un conocimiento a fondo de la teología y demás ciencias eclesiásticas. Afortunadamente el autor ha tenido medios, quizás como nadie, para una perfecta formación teológica e histórica en España y en el extranjero. Por otra parte, los lectores de esta Revista conocen ya ventajosamente al autor, por sus *Boletines de Historia Eclesiástica* y sus estudios sobre el pensamiento cristiano en los primeros siglos. Con esto, no extrañarán que digamos haber sido ésta la parte que más nos ha agrado en los dos volúmenes de la obra que juzgamos. Puede servir de ejemplo el capítulo XI: *San Paciano, obispo de Barcelona. Su vida, sus obras y su doctrina sobre la Penitencia*. El P. Zácarías García está bien documentado, expone los pocos datos que nos quedan del santo obispo de Barcelona y da un buen resumen de las enseñanzas contenidas en sus obras: en las obras ciertamente suyas; porque convenimos con él en conceder sólo alguna probabilidad a la atribución a San Paciano del *Liber ad Justinum* y *De similitudine carnis peccati*. La atribución fundada en caracteres internos es siempre muy expuesta a error, y más aún tratándose de épocas de las cuales conocemos pocos autores y pocos escritos.

El método que ha seguido el autor es, en general, el expositivo; la narración corre seguida y sin tropiezo, pues ha tenido cuidado de relegar en notas los textos de alguna extensión en latín o griego. Advierte, sin embargo, que la índole de la materia le ha forzado a veces "a sacrificar la forma narrativa a la discusión técnica, aunque algo pesada, de los argumentos". No, no será pesada, decimos nosotros, para quien sepa gustar de la obra científica. Sobre cada asunto ha procurado tener presente cuanto importante se ha dicho hasta ahora. En dar la bibliografía correspondiente es cuidadosísimo; con sus viajes de estudio ha podido suplir la escasez de libros modernos de las bibliotecas españolas y la penuria de libros españoles en las bibliotecas extranjeras (precisa ya un intercambio más intenso de pu-

blicaciones). Claro está que en tanta multitud y variedad de obras no siempre se acierta en citar la mejor edición; así al traer a colección las cartas de Gregorio VII (p. 46), algunos echarán de menos que no se citen según la edición reciente del registro de aquel papa dada por Caspar en *Monumenta Germ-Hist.*

Ya hemos dicho que el autor no se ha contentado con el estudio de libros impresos, sino que ha dedicado sus principales desvelos al examen de las fuentes de primera mano, y con acierto, creemos nosotros, al menos las más de las veces.

El campo que se propone abarcar en la exposición no se circunscribe únicamente a la doctrina, liturgia y costumbres de la Iglesia, sino que se extiende también a la acción por ella ejercida en la formación del carácter del pueblo y en el desarrollo de la cultura y del arte; en una palabra, su vida y constitución interna, y su acción externa y de relación.

Naturalmente que no pretende (ni debía pretender) escribir una apología de la Iglesia española, sino una historia fiel de la realidad; la cual ella misma resultará en conjunto una obra apologética, ya que en semejantes materias la realidad complexiva suele ser más bella que la misma ficción. Así es como aparecerá la Iglesia de España, immaculada en la fe, heroica en los varones que produjo, cristiana hasta los tuétanos y, sobre todo, y como resumen, católica. Y esto sin atribuirle glorias que no le pertenecieron, ni establecer comparaciones odiosas, ni ocultar los defectos del elemento humano que siempre interviene, aun en las grandes obras. Y basta de generalidades.

## I

En el primer volumen, después de una jugosa *Introducción*, en que expone brevemente las condiciones de romanización, organización y cultura religiosa en que se encontraba España al aparecer el Cristianismo, trata en el cap. 1.<sup>o</sup> de la *Tradición de la Iglesia española sobre Santiago y la Virgen del Pilar*; en el cap. 2.<sup>o</sup>, de *La Venida de San Pablo a España*; en el cap. 3.<sup>o</sup>, de *La Misión de los siete varones Apostólicos*; en el cap. 4.<sup>o</sup>, de la *Rápida Propagación del cristianismo por toda la Península*; en el cap. 5.<sup>o</sup>, sobre *San Cipriano*

y la Iglesia española en 254; en el cap. 6.<sup>o</sup>, de la *Organización de la Iglesia*; en el cap. 7.<sup>o</sup>, de la *Catolicidad de la Iglesia Española y su unión con Roma*; en el cap. 8.<sup>o</sup>, de *La Vida Cristiana*; en el capítulo 9.<sup>o</sup>, de las *Persecuciones de los primeros cristianos en España*; en el cap. 10, del *Concilio de Elvira*, y, finalmente, en el cap. 11, de *San Paciano, obispo de Barcelona. Su vida, sus obras y su doctrina*. Siguen algunos *Apéndices* con documentos (modernos relativamente), tocantes a la controversia sobre la venida de Santiago; entre ellos, el dictamen contrario de San Roberto Belarmino.

Como se ve, son temas todos ellos muy sugestivos. ¿Cómo los ha tratado el autor? Nuestra opinión es que, en general, magníficamente. Conoce bien la bibliografía, aun la más moderna; ha estudiado a fondo las diversas cuestiones, ha bebido en las mejores fuentes y ha expuesto los resultados con estilo claro, comprensivo y a las veces brillante. Se podrá estar o no conforme con algunas de sus conclusiones; pero no podrá dejarse de reconocer la bondad de su método y de sus procedimientos. Quien domine un poco la materia, disimulará la falta de trabazón que parece haber entre las cuestiones tratadas en los diversos capítulos: son tantas las oscuridades que envuelven aquellos primeros siglos, que no son sino tenues rayos de sol los que de pronto nos iluminan y pequeños trozos del panorama los que se nos revelan.

Quien además se haga cargo de las condiciones en que se halla quien escribe sobre cuestiones que han apasionado por centurias los ánimos, y en que varones tenidos por sumos maestros han querido trazar con mano firme los caminos y linderos, no extrañará cierta timidez y vacilación, aun cuando el autor pisa terreno firme y seguro, y que sea deferente, quizás con exceso, a la autoridad y juicio ajeno, aun cuando él pueda darle con firmeza y con pleno conocimiento de causa. Nos referimos principalmente a la venida de Santiago a España; estudio a que se da desmedida extensión, al menos en la parte de polémica (quizás para que nadie pueda dudar de que el autor conoce plenamente el asunto), y en el cual las conclusiones, nos parece, son más favorables de lo que las premisas históricas permiten. Y no nos referimos tanto a las conclusiones que sienta al fin (p. 103) cuanto a otras afirmaciones de otro carácter, que, como de paso, va dejando en su camino como guías en la oscuridad y puntos de apoyo. Así, por ejemplo, lo que afirma, al final de la pági-

na 52, sobre que la *creencia* haya sido el nervio de nuestra historia y haya influido de manera tan poderosa en la formación de nuestra nacionalidad, de nuestra devoción y de la piedad y devoción de Europa entera. Claro está que si el autor quisiera explanar estas ideas, tendría que distinguir mucho y rebajar no poco. La devoción y el concurso, extraordinario en ciertas épocas, a Santiago de Compostela se justificaría de sobra con la piadosa creencia (ciertamente más universal y con literatura más abundante) de existir allí el cuerpo del Santo Apóstol, aun prescindiendo de la venida y predicación en España.

En cuanto a la Virgen del Pilar, nos place que el autor haya puesto de relieve el carácter medieval *tardío* del documento escrito más antiguo conocido con el relato de la aparición de María Santísima a Santiago (p. 73). Tampoco damos más antigüedad a la actual imagen, que el P. Zacarías García atribuye, por su material y estilo, al siglo XIV. Convenimos también con él en afirmar que, a pesar de todo, la Virgen del Pilar debe seguir siendo, por muchos títulos, la Patrona de España (como lo fué antes de Aragón), y su venerando templo lugar predilecto de los católicos españoles. ¿Se nos permitirá un recuerdo personal? En las innumerables veces que nos arrodillamos ante aquella augusta imagen, durante los largos años de nuestra agradable permanencia en la ciudad de los mártires, no tuvimos necesidad de atribuirla al primer siglo de la Iglesia para venerarla profundamente y para exponernos a los insultos y pedradas de los impíos que querían impedir las brillantísimas fiestas de su coronación.

Con más holgura se mueve el P. Zacarías García al entrar en la cuestión de la venida de San Pablo a España, viaje que tiene ciertamente en la historia sondas raíces; a pesar de lo cual, no se ha estudiado por los nacionales como debía. Siguiendo los pasos del P. Savio, antiguo Profesor de la Universidad Gregoriana, que estudió la cuestión con cariño (recordamos con gusto las entrevistas que con este motivo tuvo con nosotros nuestro venerado amigo), el autor de la obra que nos ocupa estudia la cuestión en sus mismas fuentes y con amplitud. No podemos seguirle en su camino; sólo suscribimos la conclusión (p. 143): "En los cuatro primeros siglos del cristianismo, la tradición del viaje de San Pablo a España fué entre los fieles común y no interrumpida; y como, por otra parte,

frente a esta tradición, común y no interrumpida, no solamente no existe ninguna otra contraria, pero ni rastros de testimonios que puedan dar lugar a controversia, resulta que el viaje de San Pablo a España hay que aceptarlo como un hecho *históricamente cierto.*" En aquellos tiempos la gran mayoría de los hechos tenidos por históricos no tienen mayores ni más sólidos fundamentos que éste. Si no logran convencer por completo la mente, tranquilizan el espíritu a falta de mayor luz. Muy al contrario, cuanto se ha escrito sobre la actividad apostólica de San Pablo, en concreto, carece de fundamento sólido, y no pasa de meras conjeturas. De todas éstas, la más fundada es la de la estancia del Santo en Tarragona, dada la importancia de aquella ciudad, completamente romanizada, y sus cómodas y frecuentes comunicaciones con Roma.

Muy especial interés ha despertado en el autor la misión de los siete varones apostólicos, y con razón; porque, descartadas las leyendas en que se ha comprometido su memoria, es una tradición antigua y sólida. Así lo sintieron los PP. Férotin y Savio, y él lo prueba documentalmente. Sigue luego, paso a paso (en cuanto es posible), los caminos de la evangelización, y comprueba que ésta fué siguiendo aproximadamente las grandes vías públicas romanas que unían los principales centros peninsulares. Medios de comprobación son los restos arqueológicos de los tres primeros siglos del Cristianismo que se han hallado en nuestra patria, las inscripciones cristianas, el Concilio de Elvira y el de Arlés del año 314, en el cual asistieron representantes de seis iglesias españolas, a saber: Mérida, Osuna, Baza, Tarragona, Zaragoza y *Bética*. Es también un hecho muy significativo que once años después del Concilio de Arlés, al celebrarse el de Nicea, primero de los Ecuménicos, lo presidiera Osio, obispo de Córdoba; y que en el de Sárdica del 347 tomara parte el mismo Osio, con otros cinco españoles, los de Cazlona, Mérida, Astorga, Zaragoza y Barcelona. Las obras de Prudencio son el canto triunfal por la victoria del Cristianismo en España; que si tardó algo en abrazarle, le abrió bien pronto de par en par las puertas. Una observación: el obispo *Virgilienium*, que sale en la carta del papa Hilario a Ascanio de Tarragona, en vez de identificarlo, como hace el autor, dubitativamente, con el de Berga, en Cataluña, lo identificaríamos más fácilmente con el de Urgel, de la misma Cataluña.

Interesantísimas son las cuestiones de la intervención de San Cipriano con su sínodo de treinta y seis obispos africanos, respondiendo a la pregunta que les habían dirigido las comunidades cristianas de León, Astorga y Mérida, sobre la conducta que habían de seguir en el asunto de los obispos libeláticos Basílides y Marcial, los cuales habían apostatado en la persecución de Decio, a pesar de lo cual pretendían continuar al frente de sus diócesis. Lo es también el estudio que se hace de la organización de la Iglesia española; que, si no podía diferir esencialmente de la del resto de la cristiandad, tuvo, cierto, sus modalidades peculiares y sufrió desviaciones, que los papas rectificaron con mano firme. Como sea que con motivo de estas diferencias los protestantes han sostenido la tesis de que ni Roma ni África tenían autoridad ninguna sobre las Iglesias españolas, el autor defiende con calor la catolicidad de la Iglesia española y su inquebrantable adhesión a la Sede Apostólica de Roma.

El profesor Harnack, al trazar el cuadro de la vida cristiana de la Iglesia española en los siglos III y IV, lo hace con colores muy tétricos, fundado en las razones del Concilio de Elvira (celebrado en el primer tercio del siglo IV, ciertamente). El P. Zacarías García procura rebajar los tonos, y justamente. Porque el Concilio, a semejanza de los *Penitenciales* antiguos, combate abusos, que en realidad existirían, pero sin determinar su número y medida. Como por otra parte, durante la misma dominación romana, produjo la Iglesia española una pléyade de santos en todos los órdenes de la sociedad, sería injusto, como afirma el mismo protestante Hennecke, deducir de los delitos enumerados en los cánones de Elvira, que la moralidad era muy baja en España. Hay que reconocer, sin embargo, que no sería tan alta como algunos espíritus cándidos proclaman.

Termina este primer volumen con el relato conmovedor de la persecución de los primeros cristianos en España, con un sólido estudio del Concilio de Elvira, famoso como ninguno de los particulares, y con la presentación, muy acabada, de San Paciano, obispo de Barcelona, de que ya hemos hablado.

Pero no queremos cerrar el volumen sin dedicar cuatro palabras a otra cuestión palpitante, que trata de la existencia o no de Santa Eulalia de Barcelona (ps. 282-300). Desde hace tiempo se está disputando el problema de las dos Santas Eulalias: la de Mérida (10 de diciembre) y la de Barcelona (12 de febrero), semejantes entre sí

en el nombre y en el género de martirio. Los hagiógrafos españoles, entre ellos Flórez y Ponsich y Camps, sostienen que existieron ambas; Ruinart lo puso en duda, y Tillemont las identificó con la de Mérida: son cosas sabidas. La cuestión se volvió a suscitar modernamente, y mientras el P. Fita defendía a capa y espada la historicidad de ambas, el P. Moretus, también jesuíta, publicaba en *Revue des questions historiques* (París, 1911) un artículo en que intentaba echar abajo la de Barcelona. El P. Zacarías García, hace algunos años, quiso también terciar en el debate, y se alineó en el partido de Moretus, que en el fondo sostiene que el caso de las dos Eulalias no es más que un desdoblamiento, no tan raro en hagiografía, ya que “ni sobre la vida, ni sobre el martirio, ni sobre la leyenda de Eulalia de Barcelona, ni sobre los honores litúrgicos que se le rindieron, ni sobre su fiesta, conocemos pormenor ninguno que no haya sido tomado de la historia o del culto de la de Mérida”. Con el tiempo, el autor ha cambiado de opinión, “habiendo recapacitado de nuevo sobre el asunto” (¿no entró en algo el influjo del P. Fita?), y en la obra que ahora publica expone sus razones, ciertamente dignas de atención. Son, en resumen, las siguientes: los primeros documentos que mencionan a Santa Eulalia de Barcelona son los calendarios españoles que se remontan al siglo V ó VI; de ellos pasó la noticia el jerónimiano y al de Lión; de éste al de Floro, y de éste a los de Adón y Usuardo. Conjuntamente atestiguan la existencia de la mártir barcelonesa el himno de Quirico, la inscripción puesta sobre la urna de sus reliquias y los documentos litúrgicos mozárabes. Estos fundamentos, opuestos, así escalonados, a la posición del padre Moretus, son suficientemente sólidos para sostener históricamente la tradición de Santa Eulalia de Barcelona; tanto más cuanto que el estudio de los documentos narrativos no fuerza a la identificación de ambas Eulalias. Concluye el autor, que “hoy por hoy no se aducen argumentos suficientes para rechazar la existencia de Santa Eulalia de Barcelona, la cual está fuertemente apoyada en calendarios y documentos que se remontan al siglo V y VI”. Advertiremos, sin embargo, que la posición del autor sería mucho más sólida si se pudieran reforzar algunos puntos. Así, por ejemplo, que la mención de Santa Eulalia, virgen y mártir barcelonesa, pertenece *positivamente* al primer núcleo de los calendarios mozárabes, en su redacción *primitiva*, hacia el V ó VI siglo, dado que los manuscritos que cono-

cemos no suben más allá del siglo x u xi; y ya sabemos que tales calendarios se formaban lentamente por agregación. La defensa del P. Zacarías García satisfará a muchos espíritus, aun de los más cultivados, devotos de Santa Eulalia de Barcelona, aunque no logre resolver todas las dificultades ni disipar todas las dudas.

## II

Si interesantísimo es el primer volumen, no lo es menos el segundo, como puede ya verse por el compendio de su *Sumario*: Capítulo 1.º, *Osio, obispo de Córdoba*; cap. 2.º, *Potamio, obispo de Lisboa, y Florencio, obispo de Mérida*; cap. 3.º, *Gregorio de Elvira*; cap. 4.º, *Primeros heterodoxos, La donatista Lucila y los gnósticos y maniqueos*; cap. 5.º, *Prisciliano y el Priscilianismo*; cap. 6.º, *Actividad literaria de este período*; cap. 7.º, *Aurelio Prudencio Clemente*; cap. 8.º, *Españoles ilustres al servicio de la Iglesia Universal*; cap. 9.º, *Relaciones de la Iglesia española con la africana y oriental*; cap. 10, *La virgen Eteria*; cap. 11, *Monumentos arqueológicos y primeras manifestaciones del Arte romano-cristiano; Conclusión*.

Nos produce la impresión la hechura de este volumen de que el autor se mueve con más desembarazo en las cuestiones que estudia. No es maravilla, pues muchas de ellas han sido ya objeto de su estudio en otras ocasiones; de aquí el dominio que manifiesta. Nosotros no podremos seguirle sino a grandes rasgos. En la batallona cuestión del insigne Osio, se tratan a fondo todas las cuestiones históricas y dogmáticas, cuyo conocimiento es menester para apreciar el valer, la vida y la influencia del famoso obispo cordobés. Muy de apreciar es la copiosísima y escogida bibliografía que al pie de las páginas va consignando el autor: nadie podrá decir que no esté bien documentado. En cuanto a la supuesta caída de aquel atleta de la fe, está por la negativa: los testimonios, aunque respetables, que se aducen no convencen, por proceder en sus fuentes originales de los enemigos del catolicismo, empeñados en desacreditar al santo obispo; la defeción, por otra parte, aunque no sería más que momentánea, resulta en contradicción con toda la vida y proceder de aquel valiente (duro, si se quiere) atleta de la fe. Aquí, como en ninguna parte, se puede aplicar lo de *nemo malus, nisi probetur*. Se impone, cree-

mos, una rehabilitación del grande obispo de Córdoba, y el P. Zacarías García, con su estudio, habrá contribuido a ella entre nuestra gente.

La misma solidez brilla en el capítulo siguiente, en que habla de los dos obispos, Potamio, de Lisboa, y Florencio, de Mérida, con la misma abundancia de referencias: basta, como prueba, la nota segunda a la página 47, en que se recoge lo principal que se ha escrito modernamente sobre la cuestión del papa Liberio; que, sin embargo, no trata el autor por no entrar dentro del marco de su historia. La misma competencia (y aún más claramente) demuestra el capítulo tercero sobre Gregorio de Elvira y su obra literaria. Esta se ha agrandado en nuestros días con la atribución de los *Tratados del Pseudo-Orígenes* al mismo autor de los *Tratados sobre el Cantar de los cantares*, o sea a Gregorio de Elvira. La tesis, propuesta tímidamente por el P. Morin, y luego confirmada por otro benedictino, el P. Wilmart, ofrece realmente muchos visos de verosimilitud: el padre Zacarías García la reputa como segura. Una vez comenzada, la herencia literaria de Gregorio de Elvira se ha enriquecido con otras atribuciones: entre ellas una homilía, publicada con el nombre de San Jerónimo, sobre los *Distintos Géneros de Lepra*, que le asigna nuestro P. Vaccaci (*Bíblica*, 1922). ¿Quién sabe? Escarceos de crítica y de erudición; que, si más no, son excelentes para hacer estudiar muchas obras que quedarían de otra suerte en el montón de lo incógnito.

Aspecto muy importante es el de la heterodoxia en España. Quien lea esta obra podrá medir cuánto se ha adelantado en algunos puntos, especialmente de bibliografía, desde que Menéndez y Pelayo trazó con mano de adolescente, pero ya firme y vigorosa, las sombras de heterodoxia que pasaron fugaces por el cielo de España. Lo que el maestro pretendió hacer muchos años adelante, o sea estudiar de nuevo la cuestión priscilianista, después que habían sido descubiertos los opúsculos del heresiarca, lo ha realizado el P. Zacarías García con todo detenimiento. El interés sube de punto si se consideran los esfuerzos realizados por el profesor Babut para rehabilitar a Prisciliano, haciendo ver que no fué heterodoxo en realidad; esfuerzos que no han dejado de tener correspondencia en España. Del mismo Menéndez y Pelayo sospecha el autor que vaciló, creyendo que había recargado en 1880 el cuadro de las acusaciones. El qui-

cio sobre el cual gira toda la cuestión son los once opúsculos que en 1882 un sabio alemán, Jorge Schepss, tuvo la suerte de encontrar en un manuscrito del V al VI siglos. Pero estos escritos, con ser preciosos, no bastan para conocer el pensamiento, muchas veces recóndito y cauteloso, de Prisciliano, ni se les puede tener por inocuos aunque tengan ciertos puntos de contacto con los de autores ortodoxos; sino que han de ser considerados según la opinión que les dieron los contemporáneos (mejor capacitados que nosotros para conocer el pensamiento priscilianista); y todos los personajes más influyentes y conspicuos de la Iglesia occidental de entonces, comenzando por el papa, tuvieron a Prisciliano y a sus secuaces por heterodoxos. Las conclusiones a que llega el autor creemos son las que deben aceptarse: si bien los itacianos se extralimitaron en su persecución, no se puede librar a Prisciliano y a los suyos de la nota de herejes; no fué la Iglesia la que los entregó al brazo secular, sino que fué el mismo Prisciliano quien a él apeló; su muerte, contra las protestas de los obispos más santos y eminentes de entonces, se debió, no precisamente al crimen de herejía, sino al de maleficio, castigado por las leyes con pena capital.

Luego trata el autor una materia para él muy grata y conocida, la actividad literaria de este período, y pasa en revista a los grandes personajes; entre los cuales descuelga el gran poeta Prudencio, la gloria literaria más legítima de la primitiva Iglesia española. Y allí se explaya largamente; y, aún no contento con esto, en apéndice, nos da una copiosa bibliografía sobre Prudencio. En ella hubiéramos visto con sumo agrado que se hubiera dado más cabida a la bibliografía española: de ediciones en latín, traducciones (unas y otras, completas o fragmentarias) y estudios. Es éste un trabajo que urge llevar a cabo respecto a toda la *Patrología*, pues hasta ahora no se ha hecho. Años ha que quien esto escribe comenzó a reunir materiales, llegando a la conclusión de que difícilmente se hallará un autor eclesiástico antiguo de alguna nota (lo mismo se podría decir clásico) que no se haya traducido, total o parcialmente, frecuentemente varias veces, al castellano, y aunque no se haya impreso en su texto original: nos referimos especialmente a los latinos. En el caso presente nos permitimos mencionar la edición *Aurelii Prudentii Clementis, viri consularis, Libelli, cum Commento Antonii Nebrissensis*, impreso en Logroño, por Antonio Guillermo de Brocá, año 1512.

La edición, por su rareza, por su hermosura de impresión gótica, y sobre todo por el comentario de nuestro famoso humanista, merece un puesto de honor. Consérvase un ejemplar en nuestro colegio de Zaragoza, y lo dimos a conocer en la revista *El Salvador*, del mismo colegio, en febrero de 1928.

Sigue adelante el autor, y se entusiasma ante los españoles ilustres al servicio de la Iglesia universal: el emperador Teodosio el Grande, y el papa San Dámaso; pero no caeremos en la tentación de seguirlos (tentación a la cual él ha cedido dulcemente), por no entrar propiamente tales personajes dentro del marco de la Historia Eclesiástica de España, sino, todo lo más, muy de refilón.

Con más gusto todavía debió de entrar el P. Zacarías García en el estudio de Eteria, la famosa virgen gallega, de que hablaba San Valerio a las monjas del Vierzo, y cuyo itinerario a Tierra Santa se ha identificado modernamente con la llamada *Peregrinatio Silviae*, publicada, según un único manuscrito incompleto de Arezzo, por Gamurrini. Como ya desde 1911 se había ocupado en la forma del nombre Eteria, prefiriéndola a las de Echeria, Egeria, Eitheria, según también se halla escrito, así ahora nos da un excelente análisis de la encantadora e importante por muchos conceptos narración, traduciendo largos trozos de aquella que puede llamarse una de las mejores joyas de la literatura eclesiástica del siglo IV, y única en su género. Su intrépida autora bien puede compararse a aquellas ilustres mujeres, como fueron Silvia, Paula, Eustoquia y Melania, que, repudiado el mundo, se dedicaban al estudio de la Sagrada Escritura.

El último capítulo se dedica al estudio de los monumentos arqueológicos y primeras manifestaciones del arte romano-cristiano en España. Capítulo denso, sobre todo si se considera lo poco estudiada que ha sido la materia y la escasez de restos arqueológicos cristiano-romanos que conocemos. Esto último lo atribuye el autor a la confiscación y devastación de los edificios del culto, llevadas a cabo por Diocleciano, a las múltiples invasiones de que ha sido teatro nuestro suelo y a la falta de excavaciones. Naturalmente; sólo que nosotros pondríamos en primer término esto último. ¿Quién sabe lo que oculta el terreno español en esta materia? Es un hecho que apenas se remueve la tierra en las ciudades y aun aldeas que fueron un día centros de vida romana, como son Barcelona, Tarragona, Zara-

goza, etc., vienen a la luz, con sorpresa y maravilla, importantes restos arqueológicos, tanto paganos como cristianos. El autor comienza desentrañando los textos literarios más antiguos, y luego pasa a los testimonios documentales: la basílica más antigua descubierta en nuestro suelo, la de Mérida, enclavada en el antiguo teatro; las de Elche, Játiva y las tres de Mallorca; de éstas se fija especialmente en la de Santa María, de tres naves y con espléndidos mosaicos. Más interesante es todavía la descubierta, hace algunos años, por el presbítero Aguiló en Son Peretó, junto a la ciudad de Manacor. El padre Zacarías García ha podido utilizar las fotografías y material arqueológico dejado al morir por su descubridor. También estudia el edificio monumental, ya de tiempo muy conocido, llamado Centcelles, a un kilómetro de Constantí, cerca de Tarragona. Aquel edificio, exteriormente cuadrado e interiormente circular y abovedado, con una cúpula decorada aun hoy día con mosaicos de vidrios de colores, es todavía un misterio. ¿Fué bautisterio, fué baño de algún cristiano potentado, o parte de la quinta del emperador Adriano, convertida luego en edificio de culto?

Luego desfilan rápidamente las necrópolis: la de Ampurias, cerca de Gerona, que ofrece más señales de antigüedad; la de Denia; la de Cillas, término municipal de Coscojuela de Fantova, en la provincia de Huesca, sumamente importante por sus mosaicos cristiano-sepulcrales, trasladados hoy al Museo provincial de Huesca, donde los hemos visto y admirado. Estando enclavada esta necrópolis romano-cristiana, del siglo IV, en una zona interior, del dominio exclusivamente romano, sin bizantinismo de ninguna clase, pruébase que tales mosaicos no fueron importados a España por los bizantinos venidos de África en el siglo VI, como se iba diciendo, sino que se conocían y practicaban muy anteriormente.

De todas las necrópolis romano-cristianas que hoy se conocen en España, ninguna iguala en importancia a la descubierta en Tarragona, casualmente, en 1923, al abrir los cimientos de la que había de ser fábrica de tabacos. Al comenzar a excavar, al margen del río Francolí, no lejos de la ciudad actual, comenzaron a aparecer sepulcros, sarcófagos, inscripciones y mosaicos, de abundancia e importancia tales, que si al principio pudieron celarse, luego clamorosamente delataron una gran necrópolis y forzaron a emprender trabajos sistemáticos y con el apoyo y garantía oficiales. Todavía queda

mucho por desenterrar; y más ahora, cuando una insolente avenida de aquel riachuelo, subido a mayores, ha vuelto a anegar aquel territorio, que ya de buena hora debió abandonarse por semejantes fchorías. Las pérdidas han sido lamentables. (Esto no lo dice el autor, sino que lo decimos nosotros, pues ha sucedido después de publicado el libro; y añadimos que, si no se toman precauciones, es mejor que no se prosigan los trabajos de desentierro.) "De la necrópolis—dice el autor—van descubiertas muy cerca de doscientas sepulturas." Nuestras noticias, tomadas sobre el mismo terreno, las hacen subir todavía más. Una cripta abovedada, con tres arcosolios, destinados como para contener el cuerpo de tres personajes insignes, ha sugerido la idea de que podía tratarse de la cripta dedicada a los tres mártires de Tarragona, en el siglo III, los santos Fructuoso, Agustino y Eulogio. No creemos que vayan las inscripciones muy lejos de la verdad; para nosotros es claro que se trata del primitivo cementerio cristiano, y que por lo mismo se le puede llamar de San Fructuoso con toda verdad. El P. Zacarías García estudia sumariamente el material hallado y pone de relieve la altísima espiritualidad que revelan aquellos documentos funerarios. Tal la inscripción de Marturio, que tiene en medio el crismón y la paloma, y a lo largo, en grandes caracteres: *Ic Lux, Ic Pax. Ispiritus Marturi Requirit In Pace.* El autor la puntúa y traduce de esta otra manera, a nuestro parecer menos acertadamente: *Ic Lux Ic Pax Ispiritus. Marturi Requirit In Pace.* Es evidente que Marturi está en genitivo. A los cincuenta sarcófagos cristiano-romanos, más o menos decorados, que se conocían en España habrá que añadir en adelante los numerosos descubiertos en Tarragona y los que indudablemente se descubrirán. En esta obra se estudian los más importantes, y aun se dan discretos fotografiados.

Porque éste es otro mérito de la obra: la ilustración oportuna y clara en numerosos fotografiados de códices, objetos y monumentos, y mapas geográficos de grande utilidad. La impresión y presentación de esta *Historia Eclesiástica de España* es realmente espléndida; se ve que la *Compañía Ibero-American de Publicaciones*, comprendiendo bien la importancia de la obra y su difusión segura en el mercado librero, ha querido estar a la altura, y lo ha conseguido. Sólo hubiéramos deseado que en una forma u otra, bien con diversidad de tipos, bien con más abundancia de títulos, se hubieran hecho

destacar más las partes principales (que a veces quedan ahogadas) y se fuera guiando al lector; tanto más cuanto que los enunciados de los capítulos son muy breves y comprensivos. El *Indice Onomástico* suplirá en parte.

Terminamos, porque ya es hora, felicitando efusivamente al autor, deseándole que, con paso firme y rápido, y sin atender a motivos que no sean histórico-eclesiásticos, pueda continuar y terminar su carrera, de manera que podamos, *tempore oportuno*, juzgar el último volumen: lo deseamos para él y para nosotros. Así tendremos la *Historia* que nuestra Iglesia se merece. Nos la dará seguramente el P. Zacarías García Villada: *la sua fortuna tanto onor li serba.*

JosÉ M. MARCH

*Roma.*